

La selección mexicana perdió. Ellos merecían ganar. Cuando el plural se impone al singular por sentido, no por error

Mara Pimentel¹ y Juan Silva-Pereyra^{1*}

¹ Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México

* Dirección para correspondencia: jsilvapereyra@gmail.com

¿Te suena familiar una frase como: “Ellos ganaron la copa” refiriéndote a un equipo de futbol, aunque el nombre del equipo sea singular? ¿Alguna vez has respondido “Sí, claro” a una pregunta sin repetir toda la frase? Esos son ejemplos de anáforas. En lingüística, las anáforas son palabras (pronombres, nombres, adverbios) e incluso silencios que sirven para referirse a algo que ya se ha mencionado, que se sobreentiende o que se puede inferir por el contexto o el conocimiento del mundo. Es importante precisar que estos “silencios” son cuando se omite una palabra o un grupo de palabras porque su significado puede reconstruirse a partir del contexto o de algo que se ha mencionado previamente. Las anáforas son una estructura lingüística tan común que todos las usamos y reconocemos con facilidad.

Las anáforas son un recurso fundamental porque favorecen la economía del lenguaje: evitan repetir constantemente información. Actúan como un hilo conector que recorre el discurso, uniendo y relacionando ideas previas con la información nueva. De ahí su importancia, por ejemplo, en la comprensión lectora.

Como se aprecia en los ejemplos iniciales, existen varios tipos de anáforas. En este artículo nos centraremos en un tipo peculiar que va más allá de las palabras:

la anáfora conceptual o profunda. ¿Qué significa “más allá de las palabras”? Sencillamente que la palabra a la que se refiere no se ha expresado de manera explícita; a pesar de ello, sigue tratándose de un aspecto de la lengua, es decir, el proceso comunicativo no se limita a las palabras pronunciadas: los silencios, las inferencias y las interpretaciones también son parte de ella. Veamos algunos ejemplos para esclarecerlo. Si alguien dice: “María llegó tarde; ella se disculpó”, la palabra “ella” remite claramente a información ya mencionada (María). Se trata de una anáfora superficial: podemos leer (o escuchar) tanto la anáfora (“ella”) como su referente (“María”); es decir, la palabra que se ha mencionado antes, a la que se refiere la anáfora. Este es el tipo de anáforas más frecuente y evidente. Ahora consideremos el siguiente ejemplo: –¿Llegó tarde María? –Sí. [Se sobreentiende: “María llegó tarde”]. En este caso, la información a la que se refiere la respuesta “Sí” no se repite, pero queda implícita. Este tipo de anáfora se entiende porque hay un antecedente explícito aunque se omita la frase completa. Este fenómeno es interesante, ya que la palabra “sí” recupera toda la idea de que María llegó tarde, evitando la repetición de información y manteniendo la fluidez de la conversación. Veamos ahora este ejemplo: [Alguien señala un martillo y dice:] “Usa eso”. En este caso, la anáfora es aún más abstracta, ya que la palabra “eso” se refiere a algún objeto o concepto que adquiere un significado concreto en cada situación porque se recupera del contexto específico de esa conversación. Esto es lo que Hankamer y Sag (1976) llamaron anáfora profunda o conceptual. Su nombre alude

precisamente a que el antecedente no se enuncia, sino que permanece en la parte “profunda” del acto comunicativo, a nivel conceptual.

¿Qué permite entender la anáfora aunque el antecedente no se haya dicho? Según Ariel (2006), cuando un tema es el centro de la conversación, los interlocutores pueden entenderlo enseguida porque esa información está muy presente en su mente. Por su parte, Blackwell (2018) sugiere que es necesario que los hablantes compartan una manera similar de entender el mundo, así como tener un bagaje cultural común, de modo que, con un mínimo de información, puedan saber de qué se está hablando. Esto ocurre con especial claridad entre familiares o amigos muy cercanos, que ya saben a qué se refiere su interlocutor sin necesidad de enunciarlo.

Hasta aquí hemos visto la anáfora conceptual como un recurso para completar información no explícita. Pero existe un tipo peculiar que se manifiesta también a nivel gramatical, donde los hablantes integran la información a pesar de una falta de concordancia. Observa este ejemplo: “La selección argentina jugó mal. Ellos no merecían ganar”. La peculiaridad de las anáforas en los ejemplos anteriores es que hay una discordancia: el referente es singular (“la selección”), mientras que la anáfora (“ellos”) es plural. Sin embargo, como hablantes no percibimos esa discordancia como un error. Si se tratara de otro contexto, la detectaríamos inmediatamente (por ejemplo: “El niño viene a comer, ellos tienen hambre”). En el caso de las anáforas conceptuales, podemos recuperar y procesar la información sin problemas porque, aunque el referente sea singular, designa un concepto

colectivo: un conjunto de personas. Nuevamente, el conocimiento del mundo prevalece sobre la estructura gramatical.

Las anáforas conceptuales no se limitan a colectivos de personas. Se ha observado que los hablantes consideran más natural y procesan más fácilmente una anáfora singular cuando el antecedente es un concepto genérico o cuando el objeto pertenece a un conjunto o grupo (Gernsbacher, 1991; Oakhill et al., 1992; Carreiras y Gernsbacher, 1992; Hestvik et al., 2005). Compárense las versiones (a) y (b) de los siguientes ejemplos (tomados de Gernsbacher, 1991):

1.
 - a. Creo que pediré una margarita helada. Me encantan.
 - b. Creo que pediré una margarita. Me encanta.
2.
 - a. Necesito un plato. ¿En dónde los guardas?
 - b. Necesito un plato. ¿En dónde lo guardas?

En ambos casos, la versión (a) suena más natural. Además, obsérvese que las anáforas conceptuales no solo se manifiestan con sustantivos; en el segundo ejemplo, la noción de que los platos son un conjunto se evidencia en el verbo (en forma plural). De acuerdo con Gernsbacher, esto se debe a que normalmente en una casa hay más de un plato (una vajilla), es decir, el concepto de este artículo es plural.

Resulta especialmente interesante que el cerebro responda de manera diferente ante estas construcciones. Se han realizado experimentos con técnicas

que registran la actividad del cerebro en tiempo real, es decir, mientras se procesa el lenguaje. En el procesamiento de las anáforas conceptuales se han utilizado dos de estas técnicas: el rastreo visual y los potenciales relacionados con eventos. La primera sigue los movimientos de los ojos mientras leemos: si una palabra nos resulta extraña, nuestros ojos se detienen (fijaciones) más o vuelven atrás (regresiones), lo que indica dificultad de procesamiento. La segunda mide las señales eléctricas del cerebro mediante electrodos (un electroencefalograma). Cuando leemos, si hay una palabra extraña, la señal eléctrica cambia, indicando un mayor esfuerzo. Los experimentos realizados con estas técnicas que han comparado frases como las de los ejemplos 1 y 2 han observado menos cambios en la señal eléctrica en las versiones plurales que en las singulares (Godoy et al., 2013), lo que se interpreta como un menor esfuerzo cognitivo al integrar el referente colectivo. Además, se ha encontrado que los patrones de las señales eléctricas del cerebro son distintos ante diferentes tipos de anáforas, como las simples y las complejas (Silva-Pereyra et al., 2026).

Las anáforas conceptuales son una estructura tan peculiar que durante años fueron un desafío para la inteligencia artificial. Los sistemas basados en reglas no lograban captar que “ellos” podía referirse a “la selección” por su sentido colectivo. Actualmente, los grandes modelos de lenguaje han avanzado notablemente, alcanzando gran precisión en tareas de resolución anafórica. Sin embargo, el problema no está completamente resuelto: los sistemas actuales siguen fallando en contextos de larga distancia, con múltiples referentes ambiguos o en dominios muy

especializados (como el lenguaje jurídico o biomédico). Precisamente por eso, comprender cómo los humanos procesamos estas anáforas —priorizando el sentido sobre la forma— sigue siendo clave para mejorar la inteligencia artificial del futuro.

En síntesis, las anáforas son un recurso que hace la comunicación más eficiente al evitar repeticiones e incluso ahorrar explicaciones adicionales. Son importantes no solo en el discurso oral, sino también en la comprensión de textos largos o complejos (novelas, leyes jurídicas). Constituyen un recurso tan universal que han representado un desafío para la inteligencia artificial: lograr que los asistentes virtuales descifren estos “huecos” del lenguaje completamente ha sido un reto.

Las anáforas conceptuales nos recuerdan una lección fundamental: la gramática no es un código rígido, sino un mapa flexible. Pero ese mapa se lee siempre en conjunto: el cerebro procesa simultáneamente la estructura (sintaxis), el significado (semántica) y el contexto (pragmática). Detrás de cada palabra mal concordada, de cada “ellos” que se refiere a un singular colectivo, hay un atajo cognitivo que hace posible la comunicación eficiente. Entender estas estructuras no es solo un ejercicio lingüístico: es asomarse a cómo el cerebro construye sentido con lo que no se dice. Y quizá por eso, cuando alguien dice “la selección jugó mal, ellos no merecían ganar”, nadie pregunta: “¿Quiénes ellos?”. Simplemente, lo sabemos.

Referencias

Ariel M (2006). Accessibility Theory. In Brown K (Ed.), *Encyclopedia of Language & Linguistics* (pp.15-18). Elsevier Ltd. DOI: <https://doi.org/10.1016/B0-08-044854-2/04291-7>.

Blackwell SE (2018). Frames of Reference and Antecedentless Anaphora in Spanish Conversation. *Journal of Psycholinguistic Research* 47:283–305. DOI: <https://doi.org/10.1007/s10936-017-9543-6>.

Carreiras M and Gernsbacher MA (1992). Comprehending conceptual anaphors in Spanish. *Language and Cognitive Processes* 7(3-4):281–299. DOI: <https://doi.org/10.1080/01690969208409388>.

Gernsbacher MA (1991). Comprehending conceptual anaphors. *Language and Cognitive Processes* 6(2):81–105. DOI: <https://doi.org/10.1080/01690969108406939>.

Hankamer J and Sag I (1976). Deep and Surface Anaphora. *Linguistic Inquiry* 7(3):391-428.

Godoy MC, Françoze E and Ferreira A (2013). Alternativas metodológicas Para O Estudo Da anáfora Conceitual. *Signum: Estudos Da Linguagem* 16(2):125-148. DOI: <https://doi.org/10.5433/2237-4876.2013v16n2p125>.

Hestvik A, Nordby H and Karlsen G (2005). Antecedent reactivation by surface and deep anaphora in Norwegian. *Scandinavian Journal of Psychology* 46(3):229–238. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1467-9450.2005.00452.x>.

Oakhill J, Garnham A, Gernsbacher MA and Cain K (1992). How natural are conceptual anaphors? *Language and Cognitive Processes* 7(3-4):257–280. DOI: <https://doi.org/10.1080/01690969208409387>.

Silva-Pereyra J, García-Sierra A, Reig Alamillo A and Sanchez-Lopez J (2026). Conceptual anaphora. An event-related brain potential study. *Journal of Neurolinguistics* 78:101311. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.jneuroling.2026.101311>.